

Escribió Séneca que la vida “toda ella se ha de gastar en aprender a morir” (*De la brevedad de la vida*, VII), pues, al fin y al cabo, “el hombre hacia el Oeste es una hoguera”, aunque “morir / no tiene cuerpo”, como han dicho dos poetas recientemente desaparecidos, pero siempre presentes en su obra: Eladio Cabañero y José Ángel Valente. El poeta, cuando cruza la ribera del olvido, sabe con sus versos “nadar... el agua fría / y perder el respeto a ley severa”, para quedar en la memoria, polvo sí, “mas polvo enamorado”.

“No estabas tú, estaban tus despojos.
Luego y después de tanto
morir no estaba el cuerpo
de la muerte”,

decía Valente en “Muerte y resurrección” (*Mandorla*, 1982). Cabañero se quejaba hondamente en su poema “El hombre”:

“A veces es un perro apaleado
que arrastra su dolor, pegado al suelo,
oliendo ya su propia sepultura.”

(*Recordatorio*, 1961).

De pronto, ellos, Eladio y José Ángel, poetas, nos han dejado sus libros que “son ya luz, como los otros”, pues su obra ya es “todo verdad presente, sin historia”, como quería Juan Ramón Jiménez en su *Piedra y cielo*.

“Verdad presente, sin historia”. Pues, aunque los poetas vuelven a la tierra, “que es tierra el ser humano”, en expresión de Góngora, hacen felizmente realidad la máxima de Séneca: “la vida es suficientemente larga para ejecutar en ella cosas grandes, si la empleáremos bien” (*De la brevedad...*, I). Y es que su vida no acaba en estos días de julio. Escuchemos su voz, siempre presente:

Cabañero termina así su poema “Nocturno vivo”, del libro *Marisa Sabia y otros poemas* (1963):

Tengo una vida incontenible al borde
de tus brazos, que salvan carreteras,
la guerra aquella y tanta paz cansándonos,
brazos por mayo verde y romancero,